

COMENTARIO AL TRABAJO DEL DR. FEDERICO GOMEZ S. SOBRE EL EJERCICIO DE LA PEDIATRIA

Dr. ALFONSO MILLÁN

HEMOS ESCUCHADO un brillante trabajo que es una síntesis muy bien lograda de lo que debe ser no sólo el pediatra moderno, sino todo médico moderno. Concebir al enfermo como un ser bio-psico-social es una postura científica y filosófica que debe tener todo aquel que ejerza la noble profesión que los aquí presentes ejercemos. Estudiar al enfermo como un todo armónico y no sólo el órgano enfermo; interesarse en los patrones mentales, emocionales y culturales, así como en la comunidad; o sea, no separar del problema del paciente a la familia ni a la comunidad, es tarea de todos los médicos que quieran ejercer una medicina científica, para seres humanos, y no una medicina veterinaria.

La coincidencia doctrinal entre el trabajo que acabamos de escuchar y los que a mi vez he presentado a nuestra Corporación en diversas ocasiones, no es causal, sino que representa el criterio moderno que, por fortuna, compartimos ya muchos médicos. Mi comentario, pues, es solidaridad de pensamiento. Preparar médicos generales con esa doctrina, es la aspiración de la Facultad de Medicina actualmente, y a su realización tienden los esfuerzos del Departamento de Psicología Médica y Salud Mental de la Facultad, sobre cuyos trabajos informo periódicamente a nuestra corporación. Por lo mismo, mi comentario es también de solidaridad en la acción.

Deseo subrayar la importancia de la infancia en la formación del carácter y de la personalidad. Aunque implícitas en el trabajo del Dr. Gómez, algunas ideas estimulan la glosa o la ampliación. En efecto, el psiquiatra sabe, y el pediatra también, que la infancia es el período durante el cual se forma la personalidad y se adquieren o no deformaciones psíquicas de diversos tipos y diferentes consecuencias. Unas conducen directamente, con el concurso de otros

Leído el 15 de marzo de 1961.

factores, al desequilibrio mental franco en el adulto, de tipo psicótico; otras culminan con los trastornos conocidos como neurosis y las hay también que, sin llegar a la patología en el sentido tradicional, harán de todas maneras, de ese niño un adulto que no logre el equilibrio que haría de él una persona sana mentalmente, productiva y menos desgraciada.

El Dr. Gómez nos dice que el pediatra debe hablar invariablemente con la verdad, y condena la inclinación a esconder los hechos dolorosos o a mentir por ternura o por un mal entendido sentimiento de piedad, lo que destruye la fe y la confianza; y que pronto descubrirá la verdad y surgirá su desconfianza. Las consecuencias en la vida adulta de esta conducta profesional son muy graves, pues no se trata solamente de que el niño tendrá desconfianza de los adultos, es decir, de sus padres y de su pediatra, sino que esa desconfianza de ser engañado y manipulado la tendrá también cuando sea adulto, y acabará por convertirse o en una desconfianza de sí mismo o en una confianza excesiva en sí mismo.

Otro ejemplo en este mismo sector de la verdad y del uso de la mentira, se encuentra en el terreno sexual, en el cual el adulto pretende conservar la "inocencia" del niño, produciendo daños y consecuencias que el psiquiatra trata de reparar en el adulto. Y así sucesivamente, podríamos señalar muchos ejemplos de pautas familiares, culturales y profesionales de los pediatras, cuyas consecuencias en la formación de la personalidad son de la mayor importancia y constituyen el pan de todos los días del psiquiatra.

Respecto al pediatra y la familia, y en particular al papel de la madre, cuya importancia subraya nuestro autor, he de decir que desde el punto de vista psiquiátrico, diariamente comprobamos lo fundamental de esa gran verdad. Muchos síntomas corporales de que sufre el niño y posteriormente el adulto, tienen su origen en las inadecuadas relaciones interpersonales intrafamiliares. Una madre posesiva, dominante, autoritaria y manipuladora, influye sobre un hijo en pleno desarrollo, el cual sufrirá de la psicosis más extendida en nuestro tiempo: la esquizofrenia. Es la madre llamada fálica por los freudianos. Igualmente perjudicial es la madre fría, indiferente, que no deseó ni quiere al hijo; y no menos lo es la madre ansiosa, sobreprotectora, etc. Los orígenes de muchos trastornos neuróticos los encuentra constantemente el psiquiatra en ese ambiente psicológico en que se desarrolla la criatura.

Pero no sólo en el futuro psíquico del niño se verán las consecuencias de esas relaciones familiares, incluyendo en ellas a todos los miembros de la familia, padre, hermanos, abuelos, etc. También en el presente del niño vemos aparecer trastornos de conducta, dificultades escolares, comportamientos anti-sociales, en los jóvenes, mal llamados rebeldes sin causa, como señaló no hace mucho otro ilustre pediatra, nuestro actual flamante Tesorero, el Dr. Prado Vértiz, y que llegan a constituir capítulo importante de la delincuencia juvenil. Y no sólo

en la esfera psíquica vemos en acción esas perniciosas influencias del medio familiar. También se observan conflictos importantes en la génesis de trastornos tales como la anorexia, la enuresis, ciertos síndromes convulsivos o dolorosos, etc.

La dinámica intrafamiliar, las fuerzas psíquicas, que mueven a los distintos miembros de la familia unos en relación con los otros, deben, pues, ser conocidas, estudiadas y modificadas por el pediatra moderno; y como la familia no es sino el agente transmisor de las pautas o patrones de la comunidad, el pediatra, como el psiquiatra y también el médico en general, tienen que encontrarse necesariamente en la obligación de intervenir en la vida de la comunidad, como líderes que buscan la salud y combaten la enfermedad constantemente. Pero aquí el papel y los deberes del pediatra son de primordial importancia. No se trata de que haga solamente la tradicional labor preventiva y sanitaria, sino algo igualmente importante, o sea la prevención o profilaxis de los trastornos mentales, psicóticos y neuróticos, y aún la profilaxis del crimen, el suicidio, la prostitución el alcoholismo. Pues los gérmenes de estos azotes sociales son sembrados precisamente en la infancia.

Al comprobar la acción perjudicial de una mala organización socio-económica, que la familia transmite a los niños por medios psicológicos, tanto el pediatra como el psiquiatra se ven obligados a postular la urgencia de reformas sociales en el sentido del progreso. En ningún campo como en el de la pediatría el médico, de sensibilidad y de formación realmente científica, y humanistas se ve tan obligado a sentirse inconforme con una organización socio-económica que se olvida del hombre y de sus más altos valores. Pero no se trata de que postule un humanismo culterano; o que sea más bien humanitarismo. Se trata de que estudie al hombre enfermo y al sano con técnicas y principios científicos, que le consideren como una totalidad bio-psico-social.

En resumen: el ejercicio de nuestra profesión nos confirma la importancia de factores psicológicos, sociales, culturales, etc., no sólo en el tratamiento y en la génesis de los trastornos, sino en la prevención de los mismos. Y en este campo, la función del pediatra es de primerísima importancia. Día llegará en que, ejerciendo el pediatra su profesión como la postula nuestro autor, los demás médicos y en particular los psiquiatras, tendremos menos trabajo, lo cual, aunque afectase a unos cuantos profesionales, beneficiaría enormemente a la colectividad, pues, hay que repetirlo, el ejercicio correcto, científico y humano de la pediatría, es el verdadero campo de oro de la higiene mental.

¿Cuánto tiempo nos falta para llegar a esta meta? En nuestro país, poco desarrollado, nos falta aún mucho, lo cual subraya la importancia del trabajo del Dr. Gómez. Pero él mismo nos da un ejemplo merecedor de admiración por su brillante evolución profesional. De la antigua Casa de Cuna de Coyoacán, que era una especie de asilo donde se ejercía una pediatría muy cercana a la veterinaria, al Hospital Infantil de México, a los Hospitales Infantiles Periféricos,

y a la doctrina pediátrica que acabamos de escuchar, hay diferencias extraordinarias. Estas diferencias, traducidas ya en muchos aspectos a realidades asistenciales y pedagógicas, no se habrían logrado sin el decidido, constante y valioso esfuerzo de un grupo de hombres mexicanos muy distinguidos, cuyo líder ha sido precisamente el autor del trabajo que comento. Ojalá que su ejemplo y sus ideas se diseminen y se realicen en todo el país, pues a pesar de que nuestro autor habla de un pediatra del pasado, muchos siguen aún viviendo y ejerciendo como en ese pasado; y la renovación de sistemas e ideas es urgente para bien de México.